

EL ÚLTIMO GOLIARDO

Antonio Gómez Rufo

1

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo, señor, que veo las tinieblas de la muerte cernirse sobre mí, que temo el fuego del diablo y el azufre de su aliento, que he pecado contra ti y contra mis hermanos en Cristo, y que no me queda ánimo ni fortaleza para hablar, pues no me diste el don de Demóstenes o el de Cicerón, ni tan siquiera el que diste a san Juan, llamado el *Crisóstomo* o boca de oro por su elocuencia, con el esfuerzo de mi mano temblorosa y mi alma merecedora de todos los castigos terrenales y eternos, apelo a tu misericordia en estos mis últimos suspiros y confieso mis culpas a la espera de tu perdón, para poder así llegar a contemplar tu rostro divino y acercarme a compartir las migajas que de tu paraíso decidas. Amén.

Confieso que he pecado contra el mundo y contra Ti; que he cedido a las tentaciones del amor, instrumento del que se sirve el diablo para vencer nuestra pusilanimidad, y que he desoído las enseñanzas de mis buenos maestros dejándome llevar de la pasión, el orgullo y la vanidad. Confieso que, en mi ignorancia, creía que el diablo no podía traspasar las murallas de este convento; que nuestra devoción y piedad le mantendrían alejado y que todo lo que aquí pudiese ocurrir se debería a los frutos de la maldad de los hombres, que Tú comprenderías y perdonarías, y no a la intervención diabólica de Belcebú. Lo creía con tal firmeza que no me intranquilizó la llegada al convento del señor barón Toribio de Hita de quien si bien conocía ya por algunas conversaciones susurradas al oído su fama anterior, su propio recogimiento y la devoción que demostró desde el principio me hizo pensar más en Tu poder para reconducir a los hombres hacia el buen camino que en cualquier otra maquinación, diabólica o humana.

Cuando el abad comunicó durante la cena que a la mañana siguiente llegaría el barón para ingresar en la orden de los dominicos, curar sus penas y arrepentirse de su vida anterior, yo acababa de cumplir diecisiete primaveras, y por mi necesidad, o acaso mis fantasías de adolescente, imaginé que sería un día grande, que el barón llegaría a la casa rodeado de un gran séquito, con mil trompetas anunciándole, y cortesanos y guardias ricamente ataviados en una procesión multicolor llena de fastuosidad y parafernalia como corresponde a la categoría del gran señor que se nos anunciaba. Apenas si pude concentrarme durante la oración de Vísperas y pasé la noche, tal y como ahora recuerdo avergonzado, en tal desasosiego que la ansiedad, la prisa porque amaneciera y el deseo de ver lo nunca visto me impidieron dormir. En aquellos días me asombraban aún los fastos de este mundo, y luego me atraerían aún más, porque todavía no conocía que la paz viene del alma, el lujo de una vida dedicada a Ti y la grandiosidad humana es una despreciable víbora negra en comparación con un simple gesto del más pequeño de tus dedos.

Se le esperaba al amanecer. Una cierta impaciencia hizo presa en el abad, los monjes y nosotros los novicios cuando hacía rato que el sol había subido al cielo y el barón no aparecía. El abad consultó a fray Juan de Sevilla, el mayor de los hermanos, y decidió que volviéramos todos a nuestras tareas, que el señor habría mandado otra cosa y que los designios del Señor eran siempre la Verdad. Un poco decepcionado me dirigí a la

cocina a pelar patatas y raspar zanahorias, que a mediodía había que comer y los monjes se impacientarían si el caldo de verduras y las viandas no estaban a tiempo. Me hacía ilusión presenciar la llegada del barón y achaqué a mi mala fortuna el perdérmela, pues aunque llegara antes del mediodía no podría abandonar la cocina. Los monjes se habían puesto de acuerdo para labrar todos a la vez los campos más cercanos al camino, para verle llegar, lo que ocasionó alguna que otra disputa menor. Los novicios que no tenían ese día establo, huerto o cocina, como yo, paseaban una y otra vez junto a la puerta del convento, simulando orar en recogimiento místico, pero mirando de reojo una y otra vez hacia el camino de tierra ocre que une al convento con la aldea. El abad y fray Juan disimulaban su impaciencia enseñándose con ademanes de gran júbilo y aspavientos desmesurados pequeñas florecillas silvestres, nacidas junto al camino, que habían pisoteado mil veces sin prestarles la más mínima atención. Eso me hizo pensar, Dios me perdone, que todos tenían tanto interés como yo, o acaso más, por el visitante, lo que aumentó mi sensación de desgracia. A hurtadillas, me encaramaba en la mesa y asomaba mi rostro por el ventanal que se orienta al sur, y las seis o siete veces que lo hice no vi sino un camino reseco y solitario como un pueblo asolado por la peste.

Llegó el mediodía. El sol brillaba en el cielo y la comida estaba preparada. Ya se dirigían los monjes y los novicios al comedor cuando el abad echó un último vistazo a la senda. A lo lejos, un caminante se acercaba parsimoniosamente, entretenido en las obras pequeñas de la naturaleza, apoyándose en un cayado grande y cubierto con una gran capa negra. El abad se detuvo a mirarle y todos volvieron sus ojos hacia aquél que llegaba. Yo estaba en la puerta del comedor y me acerqué a fray Juan, que, algo aturdido, balbuceó: "no puede ser él". Iba a responderle que sí, porque mi intuición me lo reveló, pero debí recordar aquella máxima de Erasmo que dice que "no hay tontería mayor que una sabiduría inoportuna" y guardé silencio. En efecto, el caminante llegó hasta la puerta, sonrió al abad, abrió sus brazos y besó por dos veces sus mejillas:

-¿Sois el señor barón? -preguntó algo desconcertado el abad.

-Nada de barón. Ahora ya soy vuestro hermano Toribio.

El abad le abrazó otra vez, ahora con verdadera alegría, farfullando frases elogiosas y de ardiente bienvenida que brotaban entre pelotillas de saliva que el barón esquivaba como podía, aunque alguna de ellas, incluso, hubo de limpiársela de los ojos.

Era un hombre de unos cincuenta años, alto y bien formado, con abundante cabellera rizada de color oro y con unos expresivos ojos azules. Una barba dorada y bien cuidada le daba un aspecto aún más atlético y jovial. Cuando sonrió de nuevo pude ver que relucían como el sol sus dientes blanquísimos y bien alineados. Nos rodeó a todos con la mirada y nos hizo un ademán de amistosa bienvenida como si él estuviera en su casa y nosotros acabáramos de llegar. Así era él. Se sacudió el polvo de los hombros y preguntó si había algo de comer, pues venía hambriento.

-¿Venís solo? -quiso cerciorarse el abad.

-Ya me he despedido de todo el mundo, pero no vengo solo. Dios me acompaña.

El abad sonrió beatíficamente al oír la respuesta del antiguo pecador y musitó:

-Amén.

Luego dijo:

-Os esperábamos al amanecer, como nos dijisteis en la carta.

-Pues no llego mucho más tarde.

Todos le miramos e, instintivamente, miramos al cielo, en donde el sol estaba en lo más alto. Como nos observó el gesto, que también compartió el abad, añadió:

-Bueno, la verdad es que he salido cuando apenas acababa de amanecer. Y un par de horas es lo que he tardado en llegar.

-Creo -dijo el abad con cautela- que amanece a la misma hora aquí que en vuestro castillo. Y de eso hace ya más de cinco horas.

-¡Ah! ¿Es eso? -respondió con gran cinismo-. Quiero decir que un caballero de Castilla no debe levantarse antes de las diez de la mañana ni acostarse antes de las diez de la noche, por eso decía que me he levantado con el amanecer. Bueno -añadió, cambiando de tema con elegancia-, ¿vamos a comer algo? He desayunado frugalmente.

El abad y fray Juan se miraron algo aturdidos y, encogiéndose de hombros, indicaron al barón el camino del comedor, tras los cuales fuimos todos a ocupar nuestros sitios. Al pasar junto a mí retuvo la mirada y creí percibir una sonrisa cálida. Luego, en el comedor, le sentaron junto al abad y fray Juan, mientras a fray Tomás le correspondió leer las Sagradas escrituras y los demás nos afanamos en ingerir nuestros alimentos.

La comida no debió satisfacerle demasiado, lo que me entristeció por la parte de culpa que yo tenía, aunque no dejó de extrañarme que un caldo tan sabroso, una carne tan jugosa -reconocí que algo escasa, eso sí- y un queso tan aromático pudieran no resultar de su agrado. Le miré durante mucho rato y con cada mueca de desaprobación del barón, yo enrojecía y aumentaba más mi rubor al pensar que algún hermano pudiese darse cuenta de mi turbación. Yo no estaba muy lejos de su mesa y pude escuchar, en medio del silencio sólo alterado por la monótona lectura de un pasaje de san Lucas, que el abad le dijo con una sonrisa paternal:

-Señor barón, en esta casa, que desde hoy es también la suya, tenemos unas reglas que habréis de respetar, las reglas que nuestro santo Domingo nos dio.

-Claro, claro, hermano abad -contestó el recién llegado. Pero no me llaméis barón: sólo hermano Toribio. Ya soy uno de vosotros -concluyó con una amplia sonrisa.

El abad comprendió que iba a resultar un caso difícil y que iba a necesitar mucha paciencia, por lo que decidió seguir la charla algo más tarde.

-Está bien, hermano Toribio, pero deseo hablar contigo. Tras la comida iremos a la capilla a rezar, como todos los días, y después te espero en mi celda. Hablaremos allí.

-Como deseéis. Pero me vais a disculpar que hoy no os acompañe a la iglesia. Deseo conocer mis habitaciones y reposar un poco.

-Por hoy está bien -contestó el abad. Pero después acude a mi celda.

En aquel momento pensé que era un don del espíritu Santo, pero ahora sé que el diablo debió inspirar al abad cuando me miró, me hizo señas para que acudiera, me encargó que enseñara al barón su celda y me designó como ayudante suyo durante el tiempo necesario hasta que aprendiera el nuevo hermano las costumbres de la orden y la disposición de las estancias del convento. El barón no ocultó su alegría por la elección y yo sufrí un aturdimiento por la dicha que me producía. Envidiaba a aquel hombre y me deslumbraba su apariencia, su seguridad, y cuando le conocí mejor le admiré más y más por su sabiduría y experiencia en las cosas del mundo.

Entramos en la celda, se quedó mirándola y me acarició el cuello, metiendo los dedos entre los bucles en que mi pelo ensortijado se entretenía. Me estuvo acariciando un buen rato, mientras mostraba un aire pensativo y ausente. Yo respetaba su silencio y, debo decirlo, me agradaban aquellos cálidos dedos rebuscando mis más profundas pieles capilares. Volvió en sí, me miró sonriendo y preguntó incrédulo:

-¿Esto es todo?

Yo bajé la cabeza comprendiendo que las frías y leprosas paredes, el armario estrecho, el camastro duro y la mesa de madera, bajo la que se escondía un taburete también de madera, configuraban una estancia bastante inapropiada para un caballero como aquél, incluso contando con el crucifijo de metal clavado en la pared sobre el jergón. Contesté que el convento era pobre pero que la gente era buena. Exhalando un suspiro, se sentó en la cama y me hizo sentar junto a él.

-Tienes razón -dijo. Yo he venido aquí a servir a Dios, no a servirme de él. Y te diré una cosa: si todos mis hermanos son tan buenos y hermosos como tú, valdrá la pena.

Me ruboricé, él lo notó y me estrechó en un abrazo. Luego dijo:

-No te inquietes. Vamos a ser buenos amigos.

Y me besó en la boca, lo que me llenó de orgullo recordando que lo mismo hacían los frailes importantes cuando se veían tras largo tiempo; lo vi una vez cuando el señor Obispo llegó al convento y besó al abad, y otra vez cuando el abad recibió a un famoso monje franciscano que sabía teología, latín, filosofía, astronomía, navegación, leyes, geografía, retórica, nigromancia y hasta francés. Sentí orgullo, lo repito ahora con vergüenza, iyo pecador!, y una sensación de vanidad que espero que el Señor me haya perdonado. Mantuve pues los labios unidos a los suyos tanto rato como él quiso, e incluso al retirar la cara recuerdo que le seguí la boca y le volví a besar suave y fugazmente, como un picotazo.

-Esta noche hablaremos, -me dijo-. Quiero contarte muchas cosas.

Le acompañé a la celda del abad y por el camino me fue diciendo cosas que halagaron mi vanidad pero que no alcanzaba a comprender bien del todo. Me decía, el muy maligno, que mis cabellos eran como los de un ángel, que mi cuerpo visto por detrás era como el de una bellísima Venus griega, que mis labios eran jugosos como una pera madura y que mi cuello era suave como el vuelo de un gavilán. Yo le miraba y le sonreía agradecido, pues no sabía si estaba describiéndome o cortejándome. Yo, inocente como era, pensé en lo primero y susurré:

-Sois un poeta, señor.

No dijo nada; se limitó a darme una cariñosa palmada en el final de la espalda que, al igual que cuando me lo hacía el abad, entendí casta y paternal. Llegamos a la celda y el abad insistió en que me quedara, para refrescar la memoria y conocer mis obligaciones para con el nuevo hermano. Así lo hice y me quedé en discreto silencio junto a la pared, de pie, mientras el abad y el barón se sentaron en los sillones situados bajo el ventanal que daba al huerto.

-Hermano Toribio -comenzó el abad- seas bienvenido a tu nueva casa. Es mi obligación enseñarte, aunque sé de tu sabiduría y prudencia, las reglas de este convento, al que Dios guarde y santo Domingo proteja. Quizá no te haya deslumbrado el lujo de tu celda pero has de saber que he ordenado la mejor para ti, bien orientada y en la que podrás recogerte en tu oración sin que nadie te moleste. Como comprobarás, está aislada del resto

y, junto a la mía, es la única que mira al huerto. Confío en que te agrade y sirva para que tu corazón esté más cerca de Dios Nuestro Señor.

-Me parece bien. Padre.

-Pues bien: quiero darte a conocer nuestras costumbres.

El abad se puso en pie con solemnidad y, caminando de arriba abajo por la sórdida celda, con los ojos perdidos y como recordándose las viejas normas siempre repetidas, recitó, místico y contundente:

-Nos levantamos a las cuatro de la mañana y vamos a la iglesia antes de beber un vaso de leche caliente. La comida es a mediodía y la cena antes de las siete de la tarde, hora en que hay misa y oración. Antes de las ocho y media todos los hermanos han de ir a dormir.

-Pero... -interrumpió Toribio- todo buen cristiano debe dormir de noche. ¿Cómo vamos a levantarnos tan temprano? El día se va a hacer muy largo...

-Hijo mío -dijo el abad esbozando una gran sonrisa- no te aburrirás, te lo aseguro. Vas a ponerte a disposición del hermano jardinero y te ocuparás con esmero del jardín. Eso te llevará muchas horas todos los días y el tiempo que te sobre, por mucho que sea, poco será para dedicarlo a orar por Dios.

El barón abandonó consternado la celda del abad. Su semblante resultó tan penoso que intenté darle ánimos diciéndole:

-No os preocupéis, señor. Pronto se acostumbra uno.

-Tienes razón. Por afligirme he pecado, y tú, por consolarme, también. Esta noche en la celda nos castigaremos por nuestra falta. Y ahora voy a dormir la siesta: estoy rendido.

-Pero hay oración... -protesté débilmente.

-Ve tú. Dios sabrá perdonarme. Mañana rezaré el doble.

En la capilla, fray Juan me preguntó por él. Le dije dónde estaba y lo que estaba haciendo y comentó algo que hasta mucho tiempo después no comprendería. Dijo que no tenía madera de fraile, que iba a ser una desgracia para el convento y que se le había acogido porque la orden era pobre y el barón había pagado su retiro. Luego sabría, mucho tiempo después, que el barón había donado a la orden todas sus tierras con cosechas, ganados y campesinos incluidos, además de casi diez mil kilos en monedas de oro.

Volví a llamar a su puerta a la hora de cenar. Abrió una rendija para ver quien era y, al asomar su cara somnolienta, se alegró de verme, abrió la puerta y me invitó a pasar. Estaba totalmente desnudo -por lo que cerré los ojos y me mantuve inmóvil junto al quicio de la puerta.

-Pasa, hermano -insistió-. ¿Es ya hora de cenar?

-Sí -balbuceé-. Por eso venía...

Se dio cuenta de mi turbación e intentó tranquilizarme.

-No seas tímido. ¿Te asustas de la inocencia de mi desnudez o de la desnudez de tu inocencia?

No entendí nada, pero pasé y esperé a que se lavara y vistiera. Su cuerpo era todavía terso y musculoso, esbelto y agraciado. Le miré al principio con miedo pero, al cabo de unos minutos, me di cuenta de que ya no sentía pudor. Fuimos juntos al comedor y allí, antes de sentarnos, me dijo que en cuanto los monjes marcharan a sus celdas yo fuera a la suya. Me repitió que teníamos mucho de qué hablar.

Me sorprendió agradablemente el respetuoso silencio que guardó durante la cena, sin un mal gesto mientras comía -ahora creo recordar que lo que hacía exactamente era devorar-, recogido como el mayor de los

santos mayores. Después, durante la misa y el santo rosario, se mantuvo igualmente prudentísimo, lo que le hice notar cuando, apagadas todas las luces, me llegué hasta su habitación.

-Es que hemos pecado mucho -me dijo. Por eso toda oración será poca y todo recogimiento escaso. Recuerda que esta tarde me he afligido ante el abad, y tú, en lugar de castigarme, me has consolado. Hemos pecado los dos.

-Mi intención... yo no pensaba... -no acertaba a balbucear una frase coherente.

-Sí, hemos pecado y antes de conversar, como hemos quedado, vamos a sacrificarnos mediante el dolor para el mejor servir a Dios Nuestro Señor.

Yo acepté de buen grado las palabras del barón y me dispuse a arrodillarme, pero él, poniendo las manos sobre mis hombros, me dijo muy despacio:

-Hay que sufrir más, no como lo haces otras veces. Vamos a desnudarnos y nos flagelaremos con un látigo.

Antes de que pudiera decir palabra se desnudó y tomó en sus manos el cordón que a modo de cinto sujetaba su hábito. Yo le imité y cubrí con mis manos mis partes pudendas, con más vergüenza y pudor que cuando mi prima Isabel, siendo aún pequeño, me había desnudado y acariciado junto al lago. El barón me dijo que ante Dios la vergüenza y la timidez no eran justas, pues ya nos conocía de sobra, y me indicó que me tumbara en la cama, de espaldas. Yo le miraba con terror, más por miedo a él que al cinto, que a fin de cuentas más sufrió Nuestro señor en la Santa Cruz. Pero tal y como confiaba, Toribio se limitó a pegarme no menos de veinte latigazos, los primeros suaves y espaciados y los últimos fuertes, rápidos y frenéticos. No sé por qué pero la cara la tenía alegre, lo que yo achaqué a la devoción, y debo decir que si los primeros golpes me hicieron daño, los demás me gustaron. Al terminar me dio unos azotes con su propia mano y luego me acarició con detenimiento la cara, el pecho, las piernas y hasta las restantes partes de mi cuerpo, que de vez en cuando recibían con placer algunos besos cariñosos. Como aumentaba su frenesí, le pregunte si deseaba que yo le azotara a él, para santificar también sus penas, pero me dijo que él iba a sufrir algo peor, pues en castigo iba a introducir su miembro más limpio, y que tantas satisfacciones le había dado en otros tiempos, en la parte más sucia de mi cuerpo. Así lo hizo -yo pecador- y entonces pensé que realmente debía sufrir mucho, pues muchos eran los gemidos y gritos contenidos que durante el tiempo que lo hizo dio. Con el tiempo sabría que sólo fui instrumento del peor pecado que un fraile puede cometer, pues si todo acto carnal es malo, hacerlo con personas del mismo sexo es tan diabólico que se llama pecado nefando.

Ya ambos calmados y santificados, y también felices (reconozco, mea culpa, que al menos yo lo estaba), nos sentamos a conversar sobre su vida anterior, porque le dije que quería saber y él me replicó que para saber lo mejor era preguntar. Por aquel entonces yo conocía ya la *Gesta Romanorum*, una compilación redactada en Gran Bretaña en el siglo XIII, de Historia romana y universal con carácter moralizante, pero nada sabía del mundo y sus cosas, por lo que desde aquella noche, y durante otras noches, me contó sus venturas y desventuras, sus conquistas, sus amoríos y sus lides. Se ponía a hablar, después de santificar nuestro cuerpo de los pecados del día, hasta que nos quedábamos dormidos. Muchos días llegamos tarde a la oración de Maitines, e incluso al desayuno, pero el abad

demostró gran paciencia con aquel que había provisto a la orden de más riquezas de las que había soñado poseer nunca.

No recuerdo lo que hablamos cada noche, ni cómo empezaba cada conversación, pero la escandalosa vida del barón Toribio de Hita transcurrió, más o menos, así.

2

Toribio nació en Hita en el año del Señor de 1435. Su padre, el señor barón, era el favorito del rey de Castilla y mantenía cordiales relaciones con el de Aragón, por lo que muchos le creyeron el precursor y promotor del matrimonio que años más tarde uniría ambas coronas. Su madre no fue la señora baronesa, sino una dama de ésta, pero el cielo quiso que la baronesa fuera llamada a la presencia del Señor unos meses antes del nacimiento de Toribio, con lo que cuando abrió por primera vez los ojos al mundo habíanse celebrado ya nupcias nuevas entre el barón y la antigua dama.

Su infancia fue un modelo de amor a la sabiduría y a la ciencia. A los diez años leía con entusiasmo obras de química, astrología y jurisprudencia que se hacía traer de las mejores abadías de Burgos y Soria, y gustaba de pasar horas enteras en la biblioteca del castillo reconociendo libros de las más dispares materias. A los doce años escribió un *Tratado sobre el amor* de gran éxito en toda Castilla, consultándolo incluso el propio rey antes de proceder a tales menesteres. Toribio me demostraba con ello, y así me lo recalcó, que no había nada como la imaginación y que toda ciencia podemos intuir la sin necesidad de verla, porque la lógica de la deducción es infalible cuando se usan criterios adecuados y sensatos. Cuando escribió el *Tratado* aún no conocía el amor, pero suponía lo que era y dedujo sus posibilidades más seductoras.

Sabiendo como sabía que era el legítimo heredero del barón y sus inmensas riquezas, dedicó los siguientes años a practicar y poner a prueba cuanto había escrito en su libro. Nada ni nadie se libró de sus caprichos, ni las doncellas del castillo, ni las madres de las doncellas, ni las sirvientas y amas, ni los hermanos de las amas, ni el capitán de la guardia. Por no librarse, no se libró siquiera una oveja, llamada Rosalinda, a la que había dedicado el Capítulo II, del título último del *Tratado*: "De la zoofilia, el bestialismo y otros placeres menores". Recuerdo que era un libro prohibido en el convento y, aunque lo intenté, jamás dio su permiso el abad para que lo leyera en la biblioteca de la planta superior. No obstante, Toribio me fue contando su vida con indicación de las similitudes entre los hechos y lo escrito. Su elocuencia, su claridad en la dicción y los gestos con que se acompañaba, daban a la narración el colorido y el realismo precisos para que, noche tras noche, me extasiara escuchándole.

Muy pronto me narró con todo lujo de detalles su primera experiencia, que le ocurrió cuando acababa de cumplir los trece años. Tenía por costumbre esconderse entre los matorrales de la vereda del río mientras bajaban a bañarse las doncellas con sus sirvientas y, un día de cielo claro y limpio, en el que los pajarillos saludaban festivos a las bañistas y el azul del cielo se miraba en las aguas como en un espejo fiel, surgió de entre las damas una niña de nombre Juana y que debía rondar el umbral de la pubertad. Toribio no pudo apartar los ojos de ella y se recreó con su pubis apenas florido, sus pechos pequeños y sonrosados y su rostro pálido de trazos angelicales. Su largo cabello era marrón y liso, crecido hasta la

cintura y suave como plumas de pavo real. Sus ojos, grandes y azules, muy claros, resaltaban de entre la palidez de su piel, fina pero no transparente, por su viveza y alegría. Juguetear con el agua, Toribio observó que sus pechos eran redondos, pequeñitos, coronados por rosas sarpullidas de los más suculentos granitos que la mujer tiene, y sus nalgas, firmes, duras y blancas, contrastaban con el vientre liso salpicado de vello escaso y clareado. El muchacho se sintió crecer en su masculinidad y, en su éxtasis, fue a tropezar y caer, con tan mala fortuna que se le escapó un gemido que la niña escuchó. Le descubrió allí tendido, un tanto ruborizado y más asustado que ella que, en su inocencia femenina, dio en acercarse y preguntarle si se había lastimado. Juana, ¡ah imprudencia angelical!, permanecía desnuda ayudándole a recobrase, acariciándole la cabeza en el lugar que él aseguraba que le dolía. Quizá por instinto, o acaso de la emoción, Toribio no se dio cuenta de que la estaba acariciando en su más recóndita cueva, y cuando se percató, observó sorprendido que ella perdía la mirada y empezaba a jadear. Entonces le besó los pechos, lamió sus rosas y sintió que una mano decidida le acariciaba frenéticamente en sus partes pudendas. No necesitaba mayor invitación: se desnudó veloz y se tendió sobre la niña, que le besaba el cuello y se restregaba contra él. No sabía con exactitud qué podía hacer con el hueso que le atormentaba, pero sí conocía que la mejor manera de sofocar su fuego era asfixiándolo entre los matorrales del jardín de Juana. Y así lo hizo, suave, amorosamente, sintiendo que se deslizaba entre jugos y vaselinas, con más facilidad de lo que pensaba, no deteniéndose en el momento justo en que el virgo se le interpuso y que logró atravesar mientras ella gemía con más sentimiento y le suplicaba que continuase entrando y saliendo por sus pliegues deseosos de roces placenteros. Toribio incorporó la cabeza para contemplarla y observó que tenía los ojos cerrados, la sonrisa distraída y se mordía el labio inferior con sus blanquísimos dientes. Juana se aferró con sus manos a las nalgas de Toribio, empujándole y apretándole para que penetrara más y más, arañándole con pasión y paseando sus dedos por el ano del vestal que, a punto de estallar, le mordisqueó los labios, jadeó mucho y se vació del todo entre sudores, humores y placer. La niña continuó acariciándole la espalda, de arriba abajo, con los ojos cerrados y besándole repetidamente el cuello, la cara y la boca. Toribio se retiró, rendido por el esfuerzo, y se tumbó junto a ella, que le miraba agradecida.

Se dio cuenta, como había escrito, de que el gozo es tan disfrutado por la mujer como por el hombre y que las damas son más agradecidas cuando se las da ocasión de alcanzar el éxtasis. A pesar de todo Toribio se sentía algo avergonzado, pero la niña volvió a sonreír, se incorporó y, poniéndole la mano en el vientre, le dijo:

-Me llamo Juana, señor barón.